

Aspectos Ideológicos y de Jefatura de la Revolución Mexicana

*Por Rex D. HOPPER.—Del
Brooklyn College, Brooklyn, N.
York. Colaboración especial para
la Revista Mexicana de Sociología.
—Traducción del inglés por Angela
Müller Montiel.*

EN un artículo anterior, titulado “Cuando los hombres se apoderan del poder”¹ indiqué que era ingrediente necesario para que surgiera la determinación de apoderarse del poder lo que ahora se llaman popularmente “consideraciones ideológicas” Anteriormente este tema se hubiera tratado bajo el título de “creencia o fe” Pero como ya dijimos en el artículo anterior, en el análisis crítico de los movimientos revolucionarios, comenzamos apenas a reconocer el terreno y todavía nos mostramos un poco reacios a admitir la importancia capital de dichos factores.

Sin embargo, la evidencia obliga a reconocer el hecho de que cada sociedad está sostenida y apoyada por un conjunto de creencias acerca de cómo debe ordenarse la vida social. Y lo que es más importante, tal parece que ninguna sociedad puede sobrevivir a la falta de fe en sus soportes ideológicos, y que tampoco puede emprenderse la tarea de la reconstrucción social sino hasta que se ha forjado un nuevo conjunto de creencias.

Lo anterior subraya la significación de un “síntoma-clave” que frecuentemente se descubre cuando la cercanía de una revolución es evidente. Se ha observado que los levantamientos revolucionarios han sido prece-

1 *Revista Mexicana de Sociología*. Año XVII, Vol. XVII, Núms. 2 y 3.

didados por un período relativamente largo de conflicto ideológico agudo y profundo. Este conflicto se crea porque una cantidad considerable de personas cuyas opiniones, expresadas en discursos y escritos, influyen sobre el pensamiento de sus partidarios, se infectan de descontento sobre las condiciones de su sociedad e inician un proceso de evaluación crítica de sus supuestos y valores básicos. A sus ataques responden los interesados en defender el *statu quo*.

Si el período de discusiones que así se inicia ha de contribuir a un futuro levantamiento revolucionario, ha de convertirse en lo que se ha llamado "transferencia de adhesión de los intelectuales", y que consiste en que en el curso del debate sobre los males de la sociedad, los llamados "intelectuales" pierden la fe en la ideología de su sociedad y, a través de un proceso de crítica y reflexión, desarrollan un nuevo conjunto de creencias hasta el cual transfieren su apoyo.²

La nueva fe forjada así al calor de la discusión y del debate, a semejanza de su predecesora decadente, debe tener cuatro características:

1. Afirmar la convicción de que lo que los revolucionarios potenciales quieren hacer, lo deben hacer, porque en cierta forma se encuentra de acuerdo con la naturaleza de las cosas.
2. Representar un esfuerzo para establecer una especie de norma del nuevo orden social.
3. Presentarse como una forma de vida considerada como realizable en un futuro próximo.
4. Tener el poder de transformar las vidas de los que creen en ella.

Si el tiempo y el espacio lo permiten, un estudio de la historia ideológica de la Revolución Mexicana resultará muy útil, pero también bastará una breve recapitulación.

La Revolución Mexicana de 1810, fué lo mismo que otros levantamientos semejantes en toda la América Latina, una fase de la conmoción social representada por las revoluciones americana y francesa y por los esfuerzos abortivos de revolución realizados en la Pen-

² Para un análisis de este aspecto del proceso revolucionario consúltese Edwards, L. P.: *The Natural History of Revolutions*. Imprenta de la Universidad de Chicago, 1927, p. 36-63. Brinton, Crane: *The Anatomy of Revolution* W. W. Norton, 1938, pp. 52-63; y Hopper, Rex. D., "El Proceso Revolucionario" *Revista Mexicana de Sociología*, mayo-agosto de 1948. (x) Publicado también en español por el fondo de Cultura Económica.

ínsula Ibérica durante los primeros años del siglo XIX. No empequeñece a ninguno de los movimientos específicos el indicar que todos tenían las mismas fuentes ideológicas. Todos se proyectaron en defensa del postulado de que el poder y la soberanía deberían ser arrancados a los monarcas y concedidos al pueblo.

En México, lo mismo que en otras partes, este rompimiento con el pasado ideológico fué precedido por un largo período de discusión que culminó en la típica transferencia de adhesión por parte de los intelectuales. La siguiente es una excelente reseña del mencionado proceso:

“Al iniciarse el siglo XVIII, los criollos y mestizos habían llegado a considerarse como un grupo aparte, y daban ya muestras de un fuerte espíritu nacionalista. Este grupo resintió profundamente el comentario del marqués de Croix cuando, como virrey de la Nueva España replicó a las críticas hechas al decreto de expulsión de los jesuitas, diciendo que ‘los vasallos del rey habían nacido para callar y obedecer.’ Como no podían hacer otra cosa, los criollos y mestizos, ‘se callaban y obedecían’ por lo que se refería a la oposición abierta. Pero, clandestinamente, alegaban y discutían mucho. Todas estas discusiones; el espíritu de inquietud que dominaba, el sentimiento de resistencia que se notaba en todas partes y hasta los levantamientos que se realizaban eran los indicios reveladores de oposición contra el régimen establecido, y de un profundo deseo de que cambiaran las cosas.

“Precisamente eran los grupos de criollos y mestizos los que formaban las clases intelectuales en la Nueva España . . . A pesar de los grandes esfuerzos de la Inquisición, la emancipación intelectual, que era consecuencia necesaria de la emancipación política, seguía progresando. Los intelectuales mexicanos estaban inquietos y muy poco satisfechos; en todas partes se notaba una acre fermentación que no tardó mucho en estallar en rebelión abierta . . .

“Naturalmente que este estado de ánimo afectó profundamente a la literatura mexicana, cuyo carácter fué casi totalmente político. Todo el mundo hablaba y escribía ya en favor ya en contra de los decretos del régimen establecido: proclamas, edictos, manifiestos, discursos, llovían sobre la cabeza del pueblo. Los prosistas se dedicaron casi exclusivamente a los asuntos políticos y la poesía asu-

mió un carácter que era de esperarse en una atmósfera tan cargada de conflicto.”³

Hacia mediados del siglo XVIII, todo un grupo de hombres estaban dedicados con todo empeño a minar los fundamentos mismos del régimen colonial con sus vitriólicos ataques. El filósofo Benito Díaz de Gamarra, el físico, José Antonio Alzate, el jurista y geólogo Francisco Javier Gamboa, el astrónomo Joaquín Velázquez de León, el arqueólogo Antonio León Gama, el matemático José Ignacio Bartolache y el botánico José Mocino, eran los dirigentes del asalto. Como indica González Peña, estos fueron los que abrieron el camino de la nueva orientación intelectual. “Con la introducción de la filosofía de la Europa del siglo XVIII, ya fuera a través de los libros o de los individuos que habían estudiado en Europa y regresaban a la colonia, las aspiraciones que habían estado en la mente de los hombres durante mucho tiempo, comenzaron a tomar forma, y un nuevo día alboreó.”⁴

Los primeros años del siglo XIX vieron el auge del período de discusión. En todas las zonas del pensamiento, continuaba la batalla, y hombres como Agustín Fernández de San Salvador —un publicista por realista— Francisco Severo Maldonado —un escritor que cambió de bando en más de una ocasión— Fernando Teresa de Mier —un revolucionario que adquirió fama como artista de la escapatoria debido a su habilidad para salir de las reales cárceles— y José Fernández de Lizardi, mejor conocido por su nombre de pluma de “El Pensador Mexicano”, fueron notables protagonistas en esta lucha.

Todo esto condujo a la prematura proclamación de la Independencia hecha por el Cura Miguel Hidalgo el 16 de septiembre de 1810. A su famoso Grito de Dolores ¡Viva la Independencia! ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines! respondió una lluvia de folletos, algunos firmados, pero la mayoría anónimos, los cuales eran:

“Generalmente en forma de diálogo, artificio de que se servía el autor para decir lo que quería por medio de personas imaginarias. A veces hablaba por boca de un sacerdote, o podía tratarse de una conversación entre una mujer, su marido y un soldado. Los realistas se mostraban especialmente ingeniosos en sus esfuerzos

3 González Peña, Carlos. *Historia de la Literatura Mexicana*, p. 121

4 *Op. cit.*, pp. 151-52.

para hablar al pueblo. He aquí algunos títulos de los folletos que lanzaron: 'Cartas patrióticas de un padre a su hijo referentes a la conducta que debe observar hacia los sediciosos insurgentes; Un ensayo cristiano-político acerca de la necesidad de impedir la difusión de la discusión; Un mensaje a los indios acerca de lo mucho que deben a los españoles; y finalmente el título de un ataque directo sobre el Cura Hidalgo: Historia de un Nuevo Duelo, representada por esos valientes locos, Don Quijote y Sancho; un diálogo poético entre un patrón y su criado, destinado a mostrar cuán peligroso es el actual movimiento revolucionario y cuán ridículos son los esfuerzos de Hidalgo y sus compañeros.

En la prensa la batalla continuó también al lado de la aparición de numerosos periódicos semanales de corta duración. Los revolucionarios fundaron una revista titulada *El Ilustrador Americano* y los realistas contestaron con *El Verdadero Ilustrador Americano*. Otros periódicos importantes fueron *El Pensador Mexicano*, de Fernández de Lizardi y una publicación fundada por Carlos María de Bustamante, titulada *Jugetillos*.⁵

Aunque México ganó la lucha militar por su independencia, el conflicto ideológico permaneció vivo. El Primer Congreso Nacional que se reunió en la ciudad de México en 1822, con el fin de determinar la forma de gobierno para la nueva nación, fué una mezcla de fuerzas profundamente opuestas, todas presentes para imponer sus términos irreconciliables. En estas circunstancias cualquier esperanza de construir una estructura social democrática quedó sumergida bajo las olas del faccionalismo y la reacción. Muchos mexicanos de la época seguramente habrían estado de acuerdo con Simón Bolívar cuando dijo que los que habían servido a la revolución "habían arado en el mar". La nación tuvo que soportar el absurdo imperio de Agustín de Iturbide (1822-23) y veinte años de dictadura de Antonio López de Santa Anna (1834-54), antes de que los objetivos de la revolución recibieran nuevamente el sincero apoyo de una efectiva dirección. Las Leyes de Reforma, de la época de Juárez (1854-72) proporcionaron la base legal para un programa destinado a hacer posible que México ocupara su lugar entre las naciones que habían sufrido las revoluciones democráticas de 1776 y 1789. Mucho se había ganado pero, nuevamente, las aspiraciones democráticas fueron sepultadas bajo la oligarquía de la dictadura de Díaz. (1873-1910).

5 *Op. cit.*, parte III, capítulos 1-3.

La orientación ideológica antidemocrática del régimen administrativo de Díaz es tan bien conocida que no es necesario discutirla. Lo interesante a este respecto es el hecho de que la caída inminente del régimen de Díaz fué pronosticada por el constante aumento de los ataques que se le lanzaban a principios del nuevo siglo. Impensadamente, el dictador mismo contribuyó a la intensificación de las discusiones políticas con la famosa entrevista que concedió a James Creelman, un periodista americano. En dicha entrevista, Díaz afirmó categóricamente su determinación de retirarse cuando terminara su período, y alentó la formación de un período de oposición. Cualquiera que haya sido la idea de Díaz al conceder dicha entrevista, los contrarios a su régimen le tomaron la palabra. El resultado fué una verdadera inundación de publicaciones sobre temas políticos. Al ir tomando forma, la oposición ideológica pudo dividirse en tres grupos principales cuyas posiciones hay que describir más que señalar.

El primer grupo, generalmente designado como el de los liberales, estaba compuesto por quienes se oponían a la administración de Díaz principalmente por causas políticas. No atacaban las bases mismas de la economía política mexicana como habían quedado establecidas en la Constitución de 1857; su resentimiento y sus ataques se dirigían contra el gobierno por su fracaso en la realización y aplicación de lo indicado en dicho documento, especialmente lo relativo a los procedimientos políticos democráticos; más específicamente se oponían al hecho de que Díaz y sus partidarios se mantuvieran indefinidamente en el poder, impidiendo drásticamente la participación en los asuntos del régimen de todo elemento exterior y ahogando cualquier posibilidad de oposición efectiva. Para ellos, el lema de Díaz de "Pan y Palo" no era suficiente. En su mayoría la dictadura los había proveído suficientemente de pan. Y no tenían motivo de queja en ese aspecto. Pero ni siquiera el "largo garrote" de Díaz pudo reprimir completamente su deseo de tener voz en el gobierno. Juan Pedro Didapp y su famosa obra *Explotadores Políticos de México*, es representativo de este grupo ideológico. Tenían la firme convicción de que las reformas políticas eran prerrequisito necesario para las reformas socio-económicas. Su inspiración ideológica les venía del constitucionalismo, el igualitarismo y el individualismo desarrollados en los siglos XVIII y XIX en Inglaterra y en los Estados Unidos de América. Sus aspiraciones fueron finalmente canalizadas por la dirección de Madero y su famoso lema, "Sufragio Efectivo y No Reección."

El segundo grupo, generalmente caracterizado como "el de los radicales," estaba formado por los hombres cuyas críticas al gobierno se

basaban principalmente en consideraciones económicas. Encontraban que las proposiciones de mejoramiento que hacían los liberales resultaban completamente inadecuadas. Consideraban que era una ingenuidad conceder la prioridad a las reformas políticas, pues de acuerdo con su punto de vista, debían tener preferencia las reformas económicas básicas. Para ellos, el sufragio efectivo y la no reelección tenían poco atractivo como lema de combate. El combate ideológico que habían emprendido con los defensores del *statu quo* era gustado por el anarquismo, el sindicalismo y el socialismo de la Europa continental. Este grupo encontró a su primer dirigente efectivo en Ricardo Flores Magón, quien estableció los fundamentos de los movimientos radicales obreros del más reciente período de la historia de México.

El tercer grupo, a veces designado como "el de los intelectuales", estaba formado por los que se oponían a las limitaciones teóricas y filosóficas del régimen de Díaz. En términos estereotipados, se trataba de una lucha entre el materialismo científico y el idealismo humanitario. Con mayor exactitud, puede decirse que era un conflicto entre quienes consideraban al hombre como un medio y los que lo consideraban como un fin en sí mismo. Y más exactamente aún, era una lucha ideológica entre los que se interesaban por utilizar la ciencia y la tecnología para mover a las masas de hombres hacia el servicio de sus propios valores (a los cuales atribuían validez científica) y los que querían despertar en las masas el deseo de lograr valores que consideraban que tenían el apoyo humanístico, o cósmico, o divino.

Típico de la primera etapa de esta lucha fué el debate sobre el problema de los derechos naturales del hombre. Los principales protagonistas fueron Ignacio M. Altamirano y Telésforo García. El primero, cosa notable, era un novelista indígena que a la edad de 14 años aún no sabía leer. Posteriormente logró una educación formal, principalmente en el Instituto de Toluca, y, durante la administración de Juárez, fué una de las principales figuras de su programa constructivo y un hábil exponente de su posición ideológica. Para este hombre, la doctrina de los derechos naturales, resultaba lógica. Contra él se declaró un expatriado español, el teórico positivista más hábil de su época, y el principal autor del programa ideológico del régimen de Díaz. Para este hombre, la concepción de los derechos naturales era una quimera tonta.

Altamirano fué el último gran defensor de la época de Juárez antes de que sus objetivos democráticos quedaran sepultados bajo la prosperidad económica y la estabilidad política de la dictadura. Pero el éxito

mismo del régimen de Díaz dió por resultado el desarrollo de un nuevo grupo de opositores intelectuales. Hasta Justo Sierra, que sirvió bajo el régimen de Díaz como ministro de Educación, era muy tibio en su defensa del positivismo, y mucho se preocupaba por restaurar la importancia que debía concederse a los valores humanísticos cuando no humanitarios.

Con la aparición de Antonio Caso y sus discípulos, las fuerzas anti-positivistas impulsaron el desarrollo de un defensor intelectual muy capacitado. Frente a él, se levantaba el último gran positivista, apologista de la dictadura, Porfirio Parra.

Por muy capacitados que fueran, Parra y sus discípulos estaban mal preparados para enfrentarse a este nuevo y vigoroso ataque intelectual. Primeramente eran, por decirlo así, viejos, y estaban desilusionados. Algo mucho más significativo que un período de 25 años separaba a Gabino Barreda, fundador del positivismo en México, de Porfirio Parra. Barreda había regresado del extranjero con el entusiasmo y la devoción de un apóstol del positivismo. Pero él veía en el positivismo un instrumento al servicio de los valores democráticos y humanitarios que eran los postulados por la época de Juárez. Aunque mucho se esforzó por debilitar la influencia de la Iglesia sobre la educación y, en consecuencia, para fortalecer la llamada secularización de la vida mexicana, nunca cometió el error de utilizar el positivismo para racionalizar la sustitución de una forma de autoritarismo por otra. Parra por el contrario, concebía el positivismo como un sistema teórico que exigía que, en nombre de la ciencia, se negaran las mismas cosas que Comte el fundador, y Barreda, el discípulo, tenían más interés en proteger; la dignidad y el valor del ser humano. En manos de Parra, el instrumento se había convertido en un Frankenstein. Directa o indirectamente, Parra utilizaba el positivismo para racionalizar el autoritarismo, para cuya destrucción había sido creado. De acuerdo con su interpretación, el positivismo no era ya la inspiración de un movimiento destinado a liberar la mente humana y servir a la humanidad. Se había convertido, simplemente, en apología de un régimen decrepito y dictatorial.

Además, los porfiristas estaban profundamente divididos entre sí en dos grupos contrarios. Básicamente, la división se debía a que unos eran pro-científicos y otros anti-científicos. Y los puntos habían llegado a personalizarse. Los científicos, deseosos de conservar el monopolio que tenían del control, después del retiro o de la muerte del dictador, apoyaban a Ramón Corral como posible sucesor. Estos corralistas se enfrentaban a un grupo de partidarios y simpatizadores de Díaz que no habían

tenido la buena suerte de ser admitidos dentro del círculo exclusivo de los científicos. Deseosos de quitarles el control, se oponían resueltamente a Corral y apoyaban al General Bernardo Reyes para ocupar el puesto de Díaz. Reyistas y Corralistas estaban tan ocupados en planear que les quedaba poca energía para combatir en la lucha ideológica básica que se les venía encima. Como indica Bernstein, el punto álgido en la lucha ideológica se alcanzó hacia 1906. "Tantos estudiantes, maestros, intelectuales y reformadores se volvían esperanzados hacia los objetivos más puros del idealismo, que el sol del positivismo comenzó a declinar y a ponerse entre sus sombras." ⁶

En medio de esta guerra panfletaria, surgió Francisco I. Madero. Su aparición en la arena de los debates políticos fué precedida por un período de indecisión relativamente largo, y por la necesidad de romper la fuerte oposición de su familia. Sus motivos para iniciar una lucha que había de terminar en su asesinato se explica —en gran parte, al menos— con una revisión de su desarrollo ideológico. Hijo mayor de uno de los grandes terratenientes criollos, recibió la educación típica de los hijos de su clase. Después de haber tenido un tutor en su casa, pasó un año en una escuela de Jesuitas en Saltillo y otro año en una escuela católica de Baltimore; a la edad de catorce años salió a educarse a Francia. Ya desde esa tierna edad, había revelado algo de la calidad de los impulsos emocionales que serían factores motores de su carrera como revolucionario. Había quedado profundamente impresionado por su estancia con los Jesuitas y decidió que quería tomar las órdenes, por ser éste "para él, el único camino de salvación." ⁷ Pero el año que pasó en la escuela de Maryland fué suficiente para disuadirlo; reaccionó en forma tan negativa ante la vida religiosa de la escuela, que llegó a dudar de su catolicismo y adquirió una profunda antipatía por los sacerdotes lo mismo que por la institución religiosa, que posteriormente dió origen a su decidida posición anticlerical.

Con esta preparación, Madero fué a Francia, en donde pasó cinco años estudiando y viajando. Lo mismo que otros compatriotas criollos, Madero quedó favorablemente impresionado por la vida francesa. Sin embargo, al contrario de otros muchos y por razones que debemos dejar sin explicar, no se europeizó. Por el contrario, utilizó su estancia en el extranjero para comparar y establecer un contraste entre la vida en Euro-

6 Bernstein, Harry, *Modern and Contemporary Latin America*. J. B. Lippincot. Nueva York, 1952. p. 111.

7 Madero, "Mis Memorias", *Anales del Museo Nacional*, p. 9.

pa y las condiciones de su país. A pesar de su juventud, se sentía profundamente interesado en la política, y aprovechaba cualquier oportunidad para participar en discusiones con otros acerca de las deficiencias de la organización política en los países latinoamericanos. Se convenció de la superioridad de la democracia como forma de vida, y de lo ventajoso que resultaría formar una estructura política democrática en México. Así pues, desde los principios de su vida, comenzó a formular su filosofía personal.

Un tipo de experiencia totalmente distinto también contribuyó a estructura la ideología de Madero. Se convirtió al espiritismo, y el hecho de haber servido a la causa toda su vida comprueba lo sincero de su convicción. No hay la menor duda de que la decisión posterior de Madero de dedicarse a la política se derivó de un sentido de responsabilidad y dedicación, que se desarrolló en él a causa de sus creencias. En sus escritos dice esto repetidas veces con toda claridad. Por ejemplo, cuando se encontraba ocupado sentando los fundamentos de lo que resultó ser su desafío al poder de Díaz, afirmó su fe con estas palabras:

“El estudio filosófico que he realizado me ha llevado a la convicción de que en este mundo hemos sido creados para trabajar por su progreso; si pensamos sólo en nosotros mismos y solamente deseamos el progreso para nosotros, descuidando al resto de la humanidad, nuestro egoísmo nos aislará de los demás... Esta es la gran obra que persigue el espiritismo y a la cual le invitamos para que se una: la liberación de la humanidad por medio de la escuela y la ciencia, de modo que una vez libre y con inteligencia ordenada, pueda comprender las revelaciones del espiritismo... y liberarse para siempre del dominio de los instintos bestiales y del materialismo.”

Esta fué la fe que se apoderó de un rico criollo, hacendado, de apariencia insignificante y que lo transformó en un líder devoto que llegó a decir a su padre: “La fortuna no significa nada... desde que llegué a identificar mi vida con una causa noble y elevada, no hay más tranquilidad que la de la conciencia y ésta la lograré solamente cumpliendo con mi deber.”⁸

⁸ Las frases anteriores son citadas por Cumberland en su obra *Mexican Revolution*, Texas University Press, Austin, 1952. p. 34. Para una excelente discusión de las relaciones de Madero con el movimiento espiritista, consúltese Ross, Stanley R., *Francisco I. Madero: Apostle of Mexican Democracy*, Columbia University Press. Nueva York, 1955. pp. 8-9, 17-19.

Madero volvió a México en 1892, y después de unas vacaciones de verano pasadas en el rancho de su familia, cerca de Parras, fué a pasar un año en la Universidad de California, en Berkeley. Lo mismo que durante su estancia en Francia, dedicó este año a su preparación, destinada para capacitarlo para su futura posición de terrateniente y hombre de negocios. Regresó de este viaje a fines del verano de 1893, y a los veinte años de edad, cargó con la responsabilidad de dirigir las haciendas de su familia en la región de San Pedro de las Colonias, Estado de Coahuila.

Así comenzó el período de la vida de Madero como hacendado, que duró quince años. Durante éstos, la orientación ideológica que hemos bosquejado se manifestó en dos formas: primeramente era muy activo y tenía gran éxito como terrateniente progresista. Su éxito personal se manifiesta en el hecho de que ganó mucho dinero en un período de tiempo relativamente corto. Pero aún más significativa fué la dirección que asumió para promover el desarrollo de la región. Sus intereses en este aspecto eran muy amplios y le dieron oportunidad para usar del conocimiento científico y de las habilidades tecnológicas cuyas virtudes predicaba.

Una segunda manifestación de su filosofía vital puede observarse en las relaciones con sus inquilinos y con las masas humanas que poblaban su región. Movido por su ideal de "liberación de la humanidad por medio de la escuela y la ciencia" inició toda clase de proyectos caritativos, educativos, económicos y aún médicos destinados al mejoramiento del pueblo. Su educación formal lo había preparado bien para dirigir los aspectos técnicos de la agricultura. Sin embargo, sus años de estudio habían resultado menos útiles como preparación para la dirección en otros aspectos. Como dice un autor, "sus años de educación formal . . . deben ser considerados de preparación más que de educación . . . Virtualmente, su única preparación intelectual consistía en la convicción de la eficiencia de la democracia anglosajona, su aceptación entusiasta del igualitarismo galo y su reacción positiva ante la importancia concedida por el espiritismo al bienestar y al progreso humanos."⁹

Este es un curioso comentario; todas esas convicciones son adquiridas y sin embargo, son valiosas o válidas por esa razón. Su educación formal, dependiente de los juicios personales de valor, la abandonó en calidad de presa fácil para toda clase de tendencias y aún charlatanerías, como democracia, igualitarismo, espiritismo y homeopatía; también

9 Ross, *op. cit.*, p. 10. Es un excelente libro nuevo. En el primer capítulo se trata adecuadamente el medio familiar de Madero y sus años formativos

puede decirse que su misma estrechez lo dejó relativamente libre de la tradición cultural autoritaria, dogmática e influida por la clase, que de otra manera habría adquirido. Pero dejando a un lado estos juicios de valor, importa sobre todo considerar el hecho de que estas convicciones adquiridas (por ejemplo, sus creencias democráticas y espiritistas) fueron el factor esencial en su transformación de terrateniente convencional en un reformador apostólico. Y esto, él mismo lo admite.¹⁰

Así pues, en esencia, los años transcurridos entre 1893 y 1905 representan un período de transición. De las dudas e indecisiones, de la búsqueda y los tanteos de estos años, salió la posición ideológica que, formulada desde 1904, no llegó a publicarse sino hasta fines de enero de 1909. Esta tardanza fué debida —en parte— a una espera del momento propicio, pero, principalmente una lucha para dominar la oposición de la familia a la publicación de las ideas sostenidas por el heredero.

Desde 1906, Madero se había sentido profundamente impresionado por la obra de los periodistas independientes que se oponían al régimen de Díaz. Consideraba esta agitación periodística necesaria e importante y predecía que tendría éxito al cabo de unos cuatro años.¹¹

La corriente de discusiones desatada por la entrevista de Creelman fortaleció la impresión de Madero de que el país estaba ya maduro para la reforma. Llegó a creer que había llegado el momento de publicar sus propias ideas y, unos dos meses después de la entrevista comenzó a concretar su posición política en un libro. Aparentemente el trabajo quedó terminado hacia octubre de 1908, puesto que en el prólogo aparece esa fecha. Hacia diciembre, el libro ya había sido impreso, pero el autor aún luchaba para conseguir la aprobación de su familia para su distribución. Su padre finalmente le concedió el permiso el 22 de enero de 1909, y el libro fué lanzado a la circulación poco tiempo después. Como las elecciones presidenciales serían en el siguiente junio, la oportunidad resultaba magnífica. La forma en que fué recibido el libro es prueba que la convicción que el autor tenía en cuanto a que había llegado el momento de iniciar un amplio movimiento de oposición era fundada; en efecto, se vendieron varias ediciones del libro, y las ideas que contenía se convirtieron en la base de la organización política, con lo cual su

10 Madero, *Mis Memorias*, lo mismo que en toda su correspondencia, donde se encuentran amplias pruebas de este hecho.

11 Madero hizo esta profecía en un carta dirigida a Márquez, C. V. fechada el 24 de agosto de 1906 y cuya copia se encontró en sus *Archivos*.

autor logró la posición de dirigente a la que se sentía llamado por la Providencia .

La sucesión presidencial en 1910 llegó a ser como la Biblia de la segunda Revolución Mexicana. No vamos a tratar ni de los méritos literarios ni de la exactitud histórica del libro. Los primeros no son muchos, y, en cuanto a la segunda, frecuentemente es dudosa. Lo que nos preocupa es lo que revela el libro acerca de la orientación política de su autor, y el impacto que sus ideas hicieron en su época.

En este aspecto, la obra es importante porque revela la fe humanitaria y democrática de Madero. En un resumen del período colonial, criticó amargamente la explotación deliberada del pueblo, que consideraba característica de los tres siglos de dominación española. Igualmente, denunció la continua explotación y los medios violentos empleados para lograr el poder, que caracterizaron a los cien años de lucha continuas para lograr una verdadera independencia con respecto al anticuado sistema de valores del colonialismo. Tomó a Antonio López de Santa Anna, como el despreciable prototipo de los caudillos que frustraron el desarrollo de un México democrático. Con el mismo espíritu, el Congreso y la Constitución de 1857 y la obra de Benito Juárez, fueron considerados como esfuerzos constructivos para sostener la “fe que había en él” y en cuyos términos Madero valoraba el curso de la historia de México. Finalmente, criticaba al régimen de Díaz debido a la forma en que había bloqueado e impedido la “liberación de la humanidad” en México.

La misma fe inspiró otra forma de acercarse al mismo conjunto de problemas. Madero lanzó un vigoroso ataque contra el absolutismo, basando sus argumentos en la suposición teórica de que el poder absoluto actúa nocivamente tanto sobre quienes lo ejercen como sobre quienes están sujetos a él. Y también en este caso, el régimen de Díaz resultaba tristemente culpable debido a los pecados que había cometido en nombre del absolutismo.

Finalmente, el libro presenta las proposiciones prácticas de Madero para una reforma. Tenía la creencia de que Díaz quería permanecer en la presidencia o, por lo menos, permanecer en el poder, asegurando la elección de un pelele como vice-presidente. Madero predijo que Díaz nombraría nuevamente a Ramón Corral como su compañero de planilla, con una visión que resultó muy acertada. La única alternativa aparente era el general Bernardo Reyes, pero se le oponían *los científicos* que rodeaban a Díaz. Según Madero, cualquiera de estos dos que hubiera

sido sucesor de Díaz habría significado una intensificación de la política absolutista de la dictadura. Esta convicción fué la que llevó a Madero a formular el precepto de la "No Reelección" en su plataforma. Su horror al absolutismo inspiró el "Sufragio Efectivo" de su famoso lema. Así pues, en nombre del grito de batalla, "Sufragio Efectivo y No Reelección", Madero propuso la organización de un partido antirreeleccionista. Tenía la idea de que el partido, reunido en convención, funcionara como medio para seleccionar un candidato de quien se supiera que era partidario de la Constitución de 1857. Si el Gobierno permitía al partido que presentara candidatos y que hubiera elecciones libres, mucho se habría adelantado aunque se perdieran las elecciones. En el caso de que las elecciones fueran bloqueadas o estorbadas de alguna manera, de todos modos, la oposición se habría convertido en un grupo organizado y con conciencia.

Esta es la historia ideológica del hombre destinado a ser el jefe de las primeras etapas de la Segunda Revolución Mexicana. ¿Por qué se atrevió este hombre a desafiar el poder organizado de la dictadura de Díaz? Primero porque él, lo mismo que muchos de sus compatriotas, había perdido la fe tanto en la ideología como en la integridad del antiguo régimen. Victoriano Agüeros, director del periódico *El Tiempo*, dió una expresión clásica a esta pérdida de la fe cuando se negó a responder al llamado de Madero para enlistarse en la lucha, diciendo: "Ya no tengo fe ni en nuestros hombres ni en nuestro país. Trabajo sin fe, sin esperanza, sólo para cumplir un deber."¹²

Pero si eso hubiera sido todo, no hubiera habido Revolución, o, de haberla, Madero, como Agüeros, no hubiera sido el jefe. Pero eso no fué todo, pues Madero no sólo había perdido la antigua fe, sino que había encontrado una nueva. No hay la menor duda de que fué el poder de arrastre de la nueva fe el que lo llevó a abandonar las comodidades de una existencia que podría haber disfrutado toda su vida, para inmolarla en el altar de la Revolución. Explícitamente lo dice en las explicaciones que dió a su padre para convencerlo de que debía aceptar la dirección del movimiento de oposición:

"Y yo, que debo representar un papel de importancia en esa lucha, puesto que he sido elegido por la Providencia para cumplir la notable misión de escribir ese libro, que reconozco en mi entusiasmo y fe la ayuda del cielo, y que soy reconocido por el jefe

12 Citado por Ross, *op. cit.*, p. 45.

en este país por todos los que quieren luchar, me siento cohibido, como si una gran fuerza detuviera mi brazo y me inutilizara para la lucha.”

Y cuando al fin le dieron el permiso, exclamó: “Ahora no tengo la menor duda de que la Providencia guía mis pasos y me protege.” Esta es una declaración típica del tipo de líder revolucionario, profeta reformador, cuya labor consiste en popularizar el movimiento llamando a la gente para que lo siga en una aventura cuyos rasgos generales puede delinear, pero cuyos medios de lucha siguen siendo para él artículo de fe. Madero declaró también esto con toda claridad. Explicó que si hubiera sido guiado solamente por la razón nunca hubiera iniciado el movimiento en contra de fuerzas tan poderosas, y con esto indica que completó la razón con la fe. Después agregó que, aunque es la fe la que inspira grandes sacrificios, no se trata de una fe ciega, sino de una fe “que sabe cómo descubrir los grandes destinos de las naciones y percibir la mano misteriosa de la Providencia que, solícitamente guía a los pueblos”.

Es bastante fácil explicarse el consentimiento de Madero para asumir la dirección del movimiento que derrocó al régimen de Díaz. Pero es mucho más difícil explicar su atracción sobre sus partidarios. Cumberland trató de formular dicha explicación en este pasaje:

“Cualquier movimiento contrario a Díaz debía dirigirse a los trabajadores, a los mecánicos, a los rancheros, a muchos hacendados, a muchos financieros, a los intelectuales, a los comerciantes y a quienes tenían ambiciones políticas frustradas. El jefe de dicho movimiento tendría que ser un hombre de una familia respetable; debía tener una buena educación; ser relativamente desconocido políticamente; tener tendencias liberales, pero tener ligas con el grupo conservador y, sobre todo, debía tener valor y suficiente colorido para estimular la imaginación del pueblo. Con este jefe un movimiento revolucionario podía ir muy lejos. Se encontró dicho jefe en la persona de Francisco Indalecio Madero, un joven criollo hacendado de Coahuila.”¹³

Como todas las buenas especificaciones para un puesto, esto se escribió después de ocurridos los hechos. Es decir, Madero triunfó en su

13 Cumberland, *Op. cit.*, pág. 28-29.

movimiento contra Díaz, dicho movimiento atrajo a los grupos indicados y la gente respondió a las características personales indicadas. Pero aún quedan sin respuesta las siguientes cuestiones: 1).—¿Por qué un movimiento triunfante dependía de la atracción de esos grupos particulares? y 2).—¿Por qué era necesario que su jefe poseyera dichos atributos particulares? Aunque en el pasaje mencionado no se encuentran respuestas para estas preguntas, un cuidadoso análisis de su contenido, nos ofrece tres pistas interesantes,

Primero: Se sugiere que el jefe de un movimiento que lograra triunfar contra Díaz debía ser políticamente desconocido, valiente y lleno de colorido. Virtualmente, todos los que han escrito sobre Madero, de una manera o la otra, hablan de su candor, de su sinceridad, de su integridad, de su patriotismo. Es decir, atestiguan el hecho de que poseía precisamente las cualidades que los mexicanos no encontraban en los dirigentes políticos de la administración de Díaz. Desilusionados por la codicia egoísta de los que estaban en el poder, los políticamente descontentos anhelaban un hombre en quien poder creer. Todo esto es un buen ejemplo de la “falacia del hombre bueno o malo” tan característica de las sociedades prerrevolucionarias.¹⁴

Díaz y *los científicos*, a los ojos de sus contrarios, eran hombres malos que se habían apoderado del gobierno. Lo que había que hacer era echarlos y poner hombres buenos. ¡Madero era ese hombre! No hay duda de que poseía las cualidades que se le atribuían. Pero no las monopolizaba. Otros líderes revolucionarios potenciales, tales como Ricardo Flores Magón y Emiliano Zapata, también eran sinceros, valientes y llenos de colorido. Sin embargo, no pudieron ser los jefes de la revolución triunfante. Así pues, cuando mucho, podemos decir que este factor es una parte necesaria, pero no una explicación suficiente de la elevación de Madero al poder.

También se sugiere que un movimiento contra Díaz para triunfar debería atraer a una gran variedad de grupos específicos. A primera vista, la lista parece una colección miscelánea. Sin embargo, cuando se examina en términos de conjunto de la teoría que ahí se utiliza, resulta evidente que había dos características comunes a todos estos grupos: una era su marginalidad: gente tan disímbola desde otros ángulos, como los obreros, los mecánicos, los rancheros, muchos hacendados, financieros, intelectuales, comerciantes y ambiciosos políticos frus-

14 Véase Hopper, *op. cit.*, pág. 273 y nota 7.

trados, que quedaban ligados por la posición marginal en que los había colocado el régimen de Díaz. No sólo se dirigió a este grupo de marginales sino que era uno de ellos. El hecho de que simbolice su resentimiento, sus esperanzas y aspiraciones es de una gran importancia para explicar su aparición como jefe revolucionario.

Finalmente, los grupos mencionados en el pasaje que acabamos de citar, tienen otro atributo que los unifica: estaban compuestos principalmente de mestizos. Aunque esta composición era más característica de algunos grupos que de otros (por ejemplo, los obreros, los mecánicos y los rancheros), podía observarse suficientemente en todos ellos como para justificar el que se llame la atención sobre el significado de este hecho. Como ya indicamos con algún detalle, los mestizos eran el grupo marginal que tenía más ambiciones políticas frustradas en toda la estructura social mexicana. A la luz de esto, resulta de la mayor importancia el que los autores comenten regularmente que la niñez de Madero, lo mismo que sus experiencias como hacendado lo hicieron más representante del grupo de mestizos que del de los criollos en el cual había nacido. Este es pues otro factor de la mayor importancia para explicar el que se haya convertido en jefe aceptado del movimiento revolucionario.

En resumen, Madero tenía arrastre como jefe revolucionario porque era un representante cándido, sincero, valiente y patriota del grupo mestizo del período, el cual hasta entonces, había sido heterogéneo y marginal.

Para este autor, el pasaje que acabamos de analizar pasa por alto el factor más significativo que se encuentra en la ascensión de Madero al poder: su posición ideológica relativamente adecuada. Creía apasionadamente que era conveniente desarrollar una estructura social democrática en México y tenía el programa para poner por obra este objetivo. Es cierto que Madero ha sido agriamente criticado precisamente en este punto. Se alega que era demasiado ingenuo e idealista para triunfar como dirigente político. También se ha sugerido que era superficial e irrealista al creer que se necesitaban las reformas políticas como base para reformas socio-económicas posteriores. Hasta el punto en que estas críticas son justificadas, representan la sabiduría del que viene después. Desde el punto de vista de la era de Cárdenas, es fácil decir lo que Madero debería haber hecho 25 años antes. Sería más adecuado preguntar si lo que se logró en la época de Cárdenas se hubiera podido lograr en 1910. Creemos poder afirmar que no se hubiera podido lograr

por entonces. Seguramente no había ambiente para proposiciones de reformas socio-económicas radicales. Y el hecho de que hombres como los hermanos Flores Magón y Maximiliano Bonilla no hubieran podido conseguir un apoyo efectivo para sus programas más drásticos, da base para suponer que el país no estaba dispuesto a aceptar más de lo que Madero ofrecía. Por el contrario, su éxito al organizar un movimiento que logró el poder, constituye una base para la hipótesis de que su posición ideológica y el resultante programa político constituían apreciaciones bastante exactas de la situación. Aún la repetida observación de que no había nada nuevo en lo que proponía, o sea, que eso ya se había dicho antes, le era favorable. No era un teórico doctrinario que buscara algo original que decir: era un ciudadano devoto que trataba de diagnosticar los males de su país. Los sucesos que se realizaron entre la publicación de su libro (enero de 1909) y su ascensión al poder (mayo de 1911) indican que se acercó mucho a la meta. El hecho de que sus contrarios hayan considerado necesario asesinarlo, tanto como el caos que siguió a su muerte, sirven para fortalecer la impresión de que la suya era la voz auténtica de las aspiraciones de una lucha de cien años por lograr la independencia.